



Educación para la libertad y la prevención de adicciones
William R. Daros

Tema de reflexión y debate

Educación para la libertad y la prevención de adicciones

William R. Daros¹

Universidad Adventista del Plata (UAP)

Argentina

Trabajo original autorizado para su primera publicación en la revista RIHUMSO y su difusión y publicación electrónica a través de diversos portales

William R. Daros (2019) "Educación para la libertad y la prevención de adicciones" en RIHUMSO n° 16, año 8, (15 de Noviembre de 2019 al 14 de Mayo de 2020) pp. 177-212 ISSN 2250-8139

Recibido: 23-07-2018

Aceptado: 24-04-2019

Resumen

Se parte, en este ensayo, del hecho de que los seres humanos nunca están solos. Se admite que en comunidad aprendemos y enseñamos y lo importante es aprender y vivir en un grupo con dominio de sí mismo. Definido lo que se entenderá aquí por educación, se pasa entonces a considerar la necesidad de la sociedad (familiar y civil). Las acciones las realizan las personas y ellas se califican según sus acciones (buenas personas, persona inteligente, persona generosa, etc.). Esto significa que las personas son responsables por sus acciones: son o deberían ser dueños de sus actos (internos) y acciones (externas). Pero llegar a dominarse implica que esto sea algo valioso, y requiere, además, tiempo y aprendizaje personal con apoyo social favorable. Mas en la

¹Profesor italo-argentino en Letras (Córdoba), licenciado y doctorado en Filosofía (Rosario, Argentina). Ha cursado además, durante varios años, y se ha graduado también en Italia (Roma), donde ha realizado y presentado trabajos de investigación filosófica (Stresa). E-Mail: daroswr@yahoo.es Web: <http://www.williamdaros.wordpress.com/>



posmodernidad que vivimos, el placer inmediato, la libertad y la adicción se han generalizado: se pasa pues a considerar estos tres tópicos y la complejidad que ellos implican. Se analizan después las estrategias de dominación en la posmodernidad y los dos ausentes: la falta de sentido en la vida y del dominio del yo. Se finaliza considerando a la educación como la posibilidad de la recuperación del dominio de sí mismo del adicto, en un contexto social.

Palabras clave: Educación; libertad; adicciones; dominio de sí; contexto social

Abstract

EDUCATION FOR FREEDOM AND THE PREVENTION OF ADDICTION

This essay parts from the fact that human beings are never alone. However, it is in the community that we learn and teach; and the important issue is to learn and live in a group with self-control. After defining what we understand as education, the need of society will be addressed (family and civil). The actions are carried out by people and they are qualified according to their actions (good people, intelligent person, general person, etc.). This means that people are responsible for their actions: they are or should be owners of their (internal) acts and (external) actions. But to become mastered implies that this is of value, and requires time and personal learning with favorable social support. But in the postmodernity we live in, immediate pleasure, freedom and addiction have become widespread. The paper considers these three topics and the complexity they imply. The strategies of postmodern domination and the lack of meaning in life and self-control are then analyzed. The paper ends by assessing education as the possibility of recovering the addict's self-control, in a social context.

Keywords: Education; freedom; addictions; self-control; social context



“Contra la estupidez, hasta los dioses
luchan en vano”. Johann Goethe

Todos los cerebros del mundo son impotentes
contra cualquier estupidez que esté de moda.
Jean de La Fontaine

Aprender y vivir en un grupo con dominio de sí mismo

La estupidez (del latín *stupere*: estar aturdido; estupefacto: hecho estúpido) se genera del estupor por estar aturdido por el entorno; y el entorno social, más que en otras épocas, es lo que posibilita y nos aturde, y no deja espacio para la concentración, el dominio de sí mismo y la elección lúcida.

En un clima de estupidez es difícil lograr una educación con características humanas. Comencemos definiendo qué entendemos por proceso educativo. Aquí lo entendemos como:

- a) Un proceso de aprendizaje, personal y social, crecientemente autodeterminado,
- b) y su logro o resultado relativo (no definitivo, sino perfectible) y habitual
- c) de una forma de vivir siendo dueños de sí mismos, capaz de ejercer la libertad responsablemente, forma creativa, humana (de conocer y construir críticamente conocimientos, de ser crítico -con criterio propio-, de querer, ser afectivo o sentir, comportarse autónomamente);
- d) de una forma humana de hacer, personalizada (con un carácter propio, donde no interesa solo la inteligencia o sólo algún aspecto de la persona) y socializada (convivir con justicia), capaz de prevenir las adicciones,
- e) diversa según los tiempos y países.

Remarquemos el aspecto personal y el social. El proceso educación es el resultado de numerosos factores: la voluntad libre, es sólo un aspecto; porque es también un proceso social, para la adquisición del dominio de sí mismo en el contexto de un proyecto de vida.

Las personas no son islas; la sociedad tampoco es una entidad abstracta, sino que es el resultado de la interrelación entre personas que establecen un pacto o contrato social. El proceso de educación es, pues, importante; pero no es absoluto. Ni la educación individual ni la sociedad y sus estructuras son suficientes por sí solas, para lograr la formación humana. Se requiere una compleja y constante interacción entre ellas. Si se admite esto, se derivan *dos aspectos muy importantes para la educación y prevención de las adicciones*.

El primer aspecto nos dice que nadie es absolutamente libre, sino que todos (mujeres y hombres, niños, adultos y adultos mayores; gobernantes y gobernados, sanos y enfermos, etc.) *vivimos en libertad condicional*. Importa, pues saber cuidar nuestro margen de libertad y no esclavizarnos con una *adicción*, porque vamos a entender que toda adicción es una esclavitud, un sometimiento inmanejable a sustancia o hábitos.

El segundo aspecto se halla en advertir que, dado que vivimos en sociedad (lo cual es bueno y nos humaniza, dándonos un lenguaje y diversos tipos de ayudas) y somos socios, *debemos saber elegir nuestras amistades, nuestros socios*.

La familia debería ser nuestra primera sociedad y hallar en ella a nuestros mejores socios; pero luego ampliar nuestra sociedad en las instituciones educativas, en el municipio, en la nación, etc. Si sabes elegir buenos amigos, es más fácil recorrer el camino de la vida social. Quien no tiene la compañía de una familia estable está en una situación difícil.

Actualmente vivimos en megaciudades, con padres atareados, o ausentes o egoístas o totalmente permisivos y esto nos pone en una situación potencialmente riesgosa. Las ciudades están siendo desbordadas por un crecimiento explosivo, ya preanunciado hace más de medio siglo y con ofrecimientos masivos de diversión, a veces estridente.

Este desbordamiento en diversos aspectos (faltan escuelas, faltan cárceles, falta una distribución de alimentos, de trabajo, de fuerzas de seguridad), hacen de las grandes ciudades lugares cada vez más riesgosos. Si como ciudadanos no cuidamos nuestras libertades y responsabilidades, no está asegurado que no haya un regreso de los bárbaros, esto es, de los que suprimen la libertad (Todovov, T., 2008. Bauman, Z., 2008).

Pero también se debe estar atento para que nuestra civilización no atente contra los deberes y derechos de otros ciudadanos (Benjamin, W. 1971, 1: 281); una civilización implica, en sentido lato, vivir y convivir en una misma cultura ciudadana (*civitas*), respetando derechos y deberes fundamentales, aunque algunos de sus ciudadanos nos sean extraños (Seabright, P. 2010).

El terruño, la lengua, la cosmovisión y las condiciones de vida, la historia grupal, los lazos comunitarios, la familia en sí -sus vínculos, los roles, las funciones- se constituyen en variables que intervienen en la configuración tanto del mundo interno del sujeto, como de los *proyectos de vida socialmente aceptados*.

La necesidad de estudiar, de aprender, de aceptar una u otra forma de vida, se genera y transmite en la cotidianidad. Los lazos afectivos primarios, los modos de expresar el afecto, la vivencia del tiempo, la noción de felicidad, todo ello contribuye a la aceptación o negación de ciertas conductas sociales que pueden hacernos perder nuestra autonomía, como pueden ser las conductas de fumar, tomar bebidas alcohólicas, o drogarse, o adquirir adicciones que generan hábitos antisociales, destructivos de las personas.

La organización familiar ha tenido el objetivo de preservar a sus miembros, sus bienes, y a su cultura, y preparar a los descendientes para continuar y reproducir innovadoramente esa organización. Lo hace asignando roles y espacios, y determinando jerarquías de valores y conductas (Verruno, C. 2009: 21), aunque la sociedad, como el cerebro, no busca -sino en apariencia- la verdad más que el sobrevivir adaptándose.

Ahora bien, los niños aprenden no solo una lengua en su grupo primario o familiar, sino que internalizan el sistema de relaciones, valores y pautas que constituyen la identidad individual y social. Las personas nacen y se hacen en el nicho de una familia o grupo familiar. Si las familias están ausentes o desorganizadas, las personas y la sociedad estarán en riesgo, carecerán de la posibilidad de ser queridos y criticados, de conocer vitalmente criterios de convivencia, proyectos de vida humana socializada.

Se aprende y nos educamos, mirando a los otros, viviendo con los otros en un grupo. Pero cuando los niños, jóvenes y adultos entran en relación con otras costumbres, se requiere responder a nuevas y desconocidas conductas, si se desea que el grupo los acepte. En estas circunstancias, tememos por nuestra identidad; o somos seducidos por nuevos proyectos de vida, por nuevas formas de vivir placenteramente la vida, o podemos

ser absorbidos por los sufrimientos, la soledad, el desarraigo, transformaciones de valores, de las ciencias, de las tecnologías.

En este contexto, se rompen los órdenes y valores. Surgen preguntas como ¿para qué las familias, la escuela, los estudios, el aprendizaje, o la educación? ¿Qué se puede hacer por los adolescentes en sociedades en las que crecen los derechos y se invisibilizan los deberes (Daros, W. 2013: 9-31)? ¿Qué pueden ofrecer los adultos? ¿Qué instituciones deben hacerse cargo de las generaciones siguientes: los científicos, los gobernantes, las familias?

La falta de dominio de sí, la seducción y el deseo impulsivo de placer inmediato

Las acciones las realizan las personas, y califican a las personas según sus acciones (buenas personas, persona inteligente, persona generosa, etc.). Esto significa que las personas son responsables por sus acciones: son o deberían ser dueños de sus actos (internos) y acciones (externas). Pero llegar a dominarse implica que esto sea algo valioso, y requiere, además, tiempo y aprendizaje personal con apoyo social favorable.

Vuelve a ser importante conocerse a sí mismo; ser dueño de sí mismo, en tanto personas y en tanto ciudadanos. Pero esto no es percibido suficientemente en el clima posmoderno en que vivimos.

En la posmodernidad, la *racionalidad* (la proporción entre causas y efectos) no es un valor supremo, como lo fuera en buena parte de la Modernidad, la cual sin embargo sobrevaloró el pensamiento racionalista, estimando que el hombre es humano porque piensa. Los griegos tuvieron una visión más amplia.

La acción humana, según Aristóteles y también los estoicos, no puede ser explicada únicamente desde un punto de vista puramente intelectual, sino que la explicación adecuada surge de la conjunción de elementos intelectuales, emocionales, desiderativos, personales y sociales (Boeri Marcelo). En este contexto, se puede conocer el bien objetivo y universal y, sin embargo, no elegirlo ni sentirnos obligado por él. Los seres humanos no actuamos racional y socialmente sino, en el mejor de los casos, sólo cuando tenemos que buscar soluciones a determinados problemas.

Los escritos sociológicos de G. Lipovetsky como veremos más adelante, parecen sugerir



que los seres humanos nos movemos por el deseo de: a) poseer algo o b) por el temor para evitar algo. Estos motivos son una condición necesaria para obrar, pero no es suficiente para obrar racional y socialmente.

No podemos esperar un altruismo que se olvide del yo. El querer bien a los otros en una sociedad parte siempre del interés por el bien propio:

En la benevolencia social, pues el hombre no se olvida de sí mismo, como en la amistad, sino que se considera y se ama como miembro de la sociedad. Es más, él se asocia con las otras personas únicamente por la ventaja que prevé le debe venir por esta asociación. Él no se apega a la asociación, no ama la sociedad, ni ama el bien común de la sociedad sino finalmente por su bien propio, por amor de sí mismo; ama el bien de los otros no propia y necesariamente porque es un bien de los otros, sino porque lo encuentra como una condición necesaria para su bien particular. La benevolencia social tiene, pues, un origen subjetivo: es el amor subjetivo que genera un amor objetivo, el cual sin embargo no ocupa en el corazón humano sino un lugar secundario (Rosmini, 1972: 152-153).

Ya Aristóteles advertía que el deseo si bien es necesario no es suficiente para dar cuenta del movimiento que se traduce en una acción, porque los capaces de dominarse, aunque deseen o apetezcan o teman algo, no llevan a cabo aquellos actos que simplemente desean; sino que siguen también a su intelecto el cual establece prioridades y busca medios para alcanzar fines más lejanos (Aristóteles. *De anima*, 433a6-9).

Cuando obramos *inmediatamente* tras los deseos de esto o aquello, se da un impulso y no una consideración racional universal acerca de lo que está bien desear. Entonces tampoco hay deberes universales, sino sólo intereses individuales.

La lógica del consumo socializa en cuanto exige estar constantemente informado; pero, por otro lado, *individualiza dando una aparente libertad de elección*: hay una coexistencia pacífica de los contrarios. Por un lado, el posmoderno es cuidadoso con su cuerpo, pero por otro, lo arriesga corriendo en las autopistas y adhiriendo a las drogas. El joven posmoderno está más informado en los adelantos de la ciencia que en tiempos anteriores; pero es permeable al esoterismo y la parapsicología; alérgico al esfuerzo, y esforzado con los regímenes para adelgazar. El posmoderno es un individuo que es seducido por lógicas múltiples de lo inmediato, a la manera de yuxtaposiciones.

En el imperio de las subjetividades alterdirigidas, todo lo que es debe ser visto para poder realmente ser. De modo que cada uno es lo que muestra de sí mismo: todo eso y nada

más que eso (Sivilla, 2009).

El joven posmoderno banaliza la originalidad: pone en el reino indiferente de la igualdad a todos los individuos. Denuncia como imperialismo a lo verdadero (la verdad le parece una violencia), afirma el derecho a las diferencias e invisibiliza los deberes. Aligera toda autoridad suprema, y toda referencia a la realidad; liberaliza las costumbres, desestandariza la moda, licua lo verdadero, termina con la edad disciplinaria (Vattimo, G. 2009).

El ideal de los derechos, de la *autonomía individual y del goce*, son primordiales. Por ello, al menos en un grupo selecto, también se admite la necesidad del esfuerzo libremente asumido, como puede verse en el deporte que es, a la vez, ocio, esfuerzo y esparcimiento. Se trata de un constructivismo hedonista que aspira a un nivel medio de éxito, sin entrenamientos intensivos. “Con el esfuerzo deportivo, el individuo se autoconstruye a la carta” (Lipovetsky, G. 1994: 113). Sin embargo, en todo esfuerzo deportivo hay algo de voluntad de poder, un estilo superior de dominio, que suscita la emoción del público. Pero ello debe lograrse con libertad y dignidad donde no cabe el *doping* que es sinónimo de deslealtad y de negación de la igualdad de oportunidades y posibilidades ante los adversarios.

La Posmodernidad es a la vez sincrética, convivencial y vacía. Placer, paz interior, perversión, coexisten sin contradicción. Hay un eclecticismo cultural relativo y la mayoría se hace adicta a algo que elige (Lipovetsky, G., 1999).

La adicción indica, entre otros factores, una falta de dominio de sí en medio de las circunstancias que le toca vivir a cada uno.

Las personas son generalmente débiles; no resisten por mucho tiempo la frustración ante lo que otras personas poseen, y buscan una posesión de placer de manera rápida, gratificante y sin esfuerzo.

Si bien la *educación* entendida como producción individualista genera un culto al joven, entendida como personalización psicológica, desmantela la personalidad, y el narcisismo se vuelve violento, con un yo flotante, sin estructura ni voluntad, lábil. La *frustración de no tener todo ya*, genera un híbrido que toma tranquilizantes, pero también se vuelve avasallador. El crimen se realiza a la luz del día, sin sentido, indiferente al anonimato, lugares y horas. La violencia contra sí mismo se manifiesta también en el creciente

suicidio joven. Antes la violencia era contra el Estado o la clase social, hoy lo es contra el individuo.

Como en otros ámbitos, para Lipovetsky, la educación, en la Posmodernidad, se halla en la balanza. Si bien, por un lado, la cultura de la pantalla y la emoción sustituyen a la reflexión, y el espectáculo y la estupidez a la lectura, lo desechable a lo duradero, por otra parte, no desaparecen las críticas a la educación y a la televisión. O sea, el hombre posmoderno *ha perdido la fe en el poder de la educación*, aunque a veces tome otras formas: se cuelga un blog cada segundo, se generan foros de debate en red, filocafés, etc.

El papel de la escuela será primordial para aprender a situarse en la hipertrofia informativa. Uno de los grandes desafíos del siglo XXI será inventar nuevos sistemas de información intelectual, una escuela posdisciplinal, pero también poshedonista [...] Casi todo está por pensarse y acometer. (Lipovetsky, G. 2008: 92)

Aunque el espíritu de la ciencia fomente la duda, no podría sustituir a las humanidades que presentan referentes de sentido y marcos históricos de inteligibilidad irremplazables para ubicarse en una sociedad. Las ciencias y las humanidades se necesitan mutuamente.

El hombre no es solo comprador y consumidor; además, siente, piensa, lucha, construye. Debería proponerse la norma de obrar de tal modo que el consumo no sea omnipresente o hegemónico en su propia vida y en la de los demás (Lipovetsky, G. 2008: 123).

También es necesario, mediante una auténtica formación, ofrecerles horizontes vitales más variados, en el deporte, el trabajo, la cultura, la ciencia, el arte o la música. Lo importante es que, con estas pasiones, pueda el individuo relativizar el mundo del consumo, encontrar el sentido de la vida al margen de la adquisición de bienes incesantemente renovados. (Lipovetsky, G. 2008: 124-1259)

Una gran pasión motiva y carga de energía una vida, más que los goces del consumo. El goce no es el único principio y fin de toda una vida humana; sin embargo, se advierte que sociológicamente aumenta en número de los adolescentes adultos, hijos de las clases medias y altas, eternos hedonistas, adictos al confort, incapaces de sostener un compromiso y resistir las frustraciones. A la hora de abandonar el nido, los hombres se muestran más reticentes que las mujeres. Es más frecuente encontrar mujeres jóvenes que

vivan por su cuenta sin estar casadas que varones. La salida del hogar de ellos, adictos al confort, parece estar más vinculada a la convivencia en pareja que no pueden sostener y a una seguridad económica que no pueden lograr en los primeros años de vida laboral.

El placer inmediato, la libertad y la adicción: la perspectiva freudiana

El concepto fundamental en que se basa la concepción del aparato o estructura psíquica, según Freud, es el concepto de libido (Daros, W., 1979: 249-272).

Libido es una palabra latina que significa deseo, inclinación, voluntad, apetito, pasión, antojo, sensualidad.

Freud le dio a esta palabra un significado muy amplio. Libido, en sus escritos -y hablando en general-, en la vida misma del ser humano, es lo que se manifiesta como una fuerza-función general o pulsión constante del ser humano para obtener placer. Se presenta como un río que aunque se lo quiera detener con un dique, por su presión constante, este dique será superado. Por esto no se trata de suprimir la libido, sino de encausarla hacia fines sociales admisibles y compartibles.

Según Freud, hay que pensar el aparato psíquico del ser humano como regido por un principio fundamental: el ser humano tiene como meta el placer (este placer, claro está, no se refiere solo a lo toscamente sensible, sino que en el hombre es sublimado y alcanza fines superiores). Ya desde su primitiva base instintiva, el hombre tiende al placer y no al dolor.

Como al ser humano está regido por el principio de la búsqueda del placer, por la libido, hay que tener presente que, en Freud, el vocablo sexualidad tiene entonces un significado mucho más amplio del que vulgarmente se le atribuye. Sexualidad, en Freud, es muchísimas veces sinónimo de libido, de función general para obtener placer. No hay que confundir, pues, sexualidad con genitalidad. Lo genital es sexual, pero no todo lo sexual es genital.

La primera elaboración de la realidad se da en imágenes: es el proceso primario, un proceso que la conciencia no puede controlar. En el preconscious se da una elaboración más perfecta del deseo perfeccionando su presentación en imágenes tolerables para la conciencia: el proceso que se elabora en el preconscious tampoco es captado por la

conciencia directamente y se llama proceso secundario.

Hay también sueños diurnos, fantaseos, que han sido largamente elaborados por el pre-consciente, y presentan por lo tanto mayor sucesión y coherencia que los sueños.

El consciente, el yo, es la «zona» más permeable a los estímulos externos del individuo. Es la «zona» límite entre lo interno y lo externo. El consciente es el dispositivo que detecta y amortigua los estímulos exteriores, manteniendo un equilibrio en el individuo entre las exigencias exteriores y las interiores.

Según Freud, nuestros conocimientos conscientes, nuestra conciencia, es solo una «parte» de nuestro ser y está condicionada tanto por la realidad exterior como por lo interior pre-consciente e inconsciente.

Vemos que los actos libres y conscientes se dan en esta «zona» del psiquismo humano y están condicionados (aunque no determinados) por lo externo y por lo interno.

Según Freud, las instancias del aparato psíquico son tres: el ello, el yo y el súper-yo.

Se llaman instancias porque son lo que mueven (instan, empujan) nuestro psiquismo. Son la libido (la búsqueda de placer) en movimiento.

El instinto (pulsión, empuje) no actúa nunca como una fuerza de impacto momentánea, sino siempre como una fuerza constante. No procediendo del mundo exterior, sino del interior del cuerpo, la fuga es ineficaz contra él. Al estímulo instintivo lo denominaremos mejor necesidad, y lo que suprime esta necesidad es la satisfacción. (Freud, S. 1973, II: 2040).

Si el instinto o la pulsión alcanzan su objeto se satisfacen; se suprime por un tiempo la excitación y la necesidad que los urgía. El instinto tiende a un objeto (la necesidad de comer nos lleva al alimento, pero al alimento en general y no a un alimento particularizado). El objeto concreto del instinto puede variar. El objeto del instinto de vida (amor) puede ser otra persona (de igual o distinto sexo) o puede ser uno mismo (narcisismo).

Aquí se da el primer grado de la libertad psíquica: en la no determinación del objeto concreto de los instintos. En la relación impulso-objeto del instinto se da la relación

necesidad-libertad: hay necesidad en el impulso; pero hay, además, cierta libertad o indeterminación respecto del objeto concreto del instinto.

La pérdida efectiva de la libertad significa psicoanalíticamente la pérdida de la posibilidad de cambiar efectivamente el objeto de la pulsión, lo que constituye una fijación. La búsqueda de placer -libido- queda fijada en un objeto que el individuo al crecer debería cambiar por otro.

Se pierde la libertad efectiva cuando se pierde la posibilidad efectiva de cambiar los objetos de nuestras pulsiones. Mas, por otra parte, no se quiere decir con esto que para ser libres se necesita cambiar continuamente el objeto concreto de nuestra pulsión libidinal.

Las adicciones son fijaciones. Las perversiones son fijaciones no socialmente toleradas. Un individuo pervertido es el que no ha evolucionado en su libido: ha quedado fijado a los objetos propios de los estados primarios de su infancia y que toda persona atraviesa si es sana. Si la pulsión es tan fuerte como para superar las fuerzas represivas del súper-yo y alcanza satisfacción en el objeto de la primera infancia, tenemos entonces una acción perversa. Por ejemplo, la relación genital de la hija con el padre. Si, en cambio, el individuo sigue ligado al objeto libidinoso de su primera infancia, pero logra reprimir el impulso instintivo, la acción será patológica. Por ejemplo, la esposa que inconscientemente ama el padre en su esposo. Si, finalmente, el individuo logra dirigir su impulso instintivo al objeto correspondiente a su edad, o sublimarlo (sustituyéndolo con otros objetos admisibles: «casarse con la ciencia») la acción se considerará sana.

El individuo, debilitando esta libertad para cambiar el objeto de sus instintos, no evoluciona, sino que involuciona. La debilidad de la libertad se manifiesta, pues, como una pérdida en el desarrollo de la persona.

Se puede advertir que Freud no ha negado la libertad humana. Al contrario, ha luchado para que el hombre sea psicológicamente libre en la forma efectiva.

Freud supone que todo individuo es una organización coherente de sus procesos psíquicos, a la cual considera como su yo.

El yo es consciente, preconscious e inconsciente.

El yo es una instancia que procede del ello: es el ello modificado por la influencia del mundo exterior (principio de la realidad). El yo se encuentra originariamente, al principio de la vida anímica, formando una sola cosa con el ello, revestido de instintos y es capaz, en parte, de satisfacer sus instintos en sí mismo (narcisismo). El mundo exterior no es el origen de las satisfacciones en esta primera época: es un mundo indiferente. Pero luego, dadas las necesidades del instinto de conservación (sentir hambre), siente a sus instintos como no placenteros. Entonces por el principio del placer (libido) se vuelve a los objetos exteriores que lo satisfacen y los introyecta.

Se hallan así, dentro del yo, lo bueno (fuente de placer introyectada) y lo malo (la fuente de displacer que trata de reprimir).

El yo, es, pues, una “zona” intermedia entre el ello y el mundo exterior (el mundo exterior introyectado constituirá el superyó).

El yo, entonces, según la teoría psicoanalista es una estructura compleja. El yo abarca el sistema consciente, el preconscious y el inconsciente. El yo, además, surge del ello y, por la oposición de las fuerzas del ello con la realidad exterior (y el superyó), toma una cierta autonomía tanto del ello como del mundo exterior y del superyó.

El yo no tiene una energía propia primeramente. Por esto, para oponerse al ello y modificándolo constituirse en una instancia autónoma, debe robustecerse con las cargas de libido que surgen a partir de los objetos.

Por lo que respecta a la *acción*, se halla el yo en una situación semejante a la de un monarca constitucional, sin cuya sanción no puede legislarse nada, pero que reflexionará mucho antes de oponer su veto a una propuesta del Parlamento. (Freud, S. III: 2726).

Los objetos robustecen al yo; es por esto que cuando debe abandonarlo se produce aquel sentimiento que llamamos melancolía, y es como una reconstrucción interior del objeto dejado.

Mas, por otra parte, se nos muestra el yo como una pobre cosa sometida a tres distintas servidumbres y amenazada por tres diversos peligros, emanados, respectivamente, del mundo exterior, de la libido del yo y del rigor del súper-yo. Tres clases de angustias responden a estos tres peligros [...]. Pero su situación de mediador le

hace también sucumbir, a veces, a la tentación de mostrarse oficioso, oportunista y falso, como el estadista que sacrifica sus principios al deseo de conquistarse la opinión pública. El yo no se conduce imparcialmente con respecto a las dos clases de instintos. Mediante su labor de identificación y sublimación auxilia a los instintos de muerte del ello en el sojuzgamiento de la libido, pero al obrar así se expone al peligro de ser tomado como objeto de tales instintos y sucumbir víctima de ellos. Ahora bien: para poder dar tal auxilio ha tenido que colmarse de libido, constituyéndose así en representante del Eros, y aspira entonces a vivir y ser amado. (Freud, S. III: 2726).

El yo solo tiene capacidad para decidir eficazmente contra las pulsiones o los instintos (que son la fuerza primera y fundamental del ser humano) creando con oportunismo una fuerza proporcionada. Solo ante dos fuerzas relativamente proporcionadas la libertad, el poder de elección y decisión, es efectivo. En caso contrario es solo un poder formal.

Debemos, pues, distinguir, según Freud, una:

- a) Libertad formal, un poder de decisión ineficaz del yo. Este poder existe desde que existe el discernimiento. El discernimiento es una "instancia imparcial" (Freud, S. II: 1639), una propuesta para decidir si una representación determinada es verdadera o falsa, esto es, si se halla o no de acuerdo con la realidad.
- b) Libertad efectiva. Cuando se instaura el principio de la realidad, queda libre cierta actividad mental respecto a la confrontación de la realidad, y que antes estaba sometida exclusivamente al principio del placer. Se ha instaurado ahora la posibilidad de una visión objetiva, imparcial, de las cosas: he aquí la base de un juicio libre, no sólo para juzgar sino también para hacer.

El yo sometido al principio del placer no puede hacer más que desear, buscar el placer y evitar el displacer: este es su modo espontáneo y necesario de obrar. El yo, regido por el principio de realidad, puede ahora asegurarse contra todo daño, renunciar al placer momentáneo por un placer ulterior seguro. El ejercicio de la libertad implica tener suficientes fuerzas como para resistir al sentimiento de frustración.

No basta elegir y decidir para obrar libremente. La decisión es un acto formal. Para que las decisiones del yo se cumplan se necesita fuerzas, el apoyo del parlamento.

El yo es una organización, una parte organizada del ello y del mundo exterior (internalizado en el ideal del yo y en el súper-yo). El yo, pues, como un soberano constitucio-

nal, es libre en sus decisiones (formalmente) pero deberá comerciar con todos los componentes del parlamento tratando de imponer su parecer en un juego de recíproco influjo a fin de obtener la fuerza que el yo, por sí solo, no tiene. De la piel para dentro empieza mi exclusiva jurisdicción. Elijo yo aquello que puede o no cruzar esa frontera. Soy un estado soberano, y las lindes de mi piel me resultan mucho más sagradas que los confines políticos de cualquier país (Escohotado, A. 2019).

En resumen, hay que distinguir, pues, una libertad de decisión (formal) y una libertad efectiva.

El yo es como un jinete -dice Freud- que debe dominar las fuerzas superiores del caballo (que es ello). Pero hay una diferencia: el yo no tiene fuerzas propias como el jinete. El yo debe usar las fuerzas del principio de realidad (el medio ambiente y las prohibiciones del súper-yo) para contrarrestar las fuerzas del principio de placer (ello).

La libertad psicológica efectiva, pues, no es igual en todas las personas, sino que depende de la mayor o menor estructuración del yo y del súper-yo. El yo no puede decidirse libremente contra el deseo de la pulsión o instinto si no dispone de una fuerza proporcional que le viene del súper-yo bien estructurado y de un yo armónico, por lo que puede contrarrestar la fuerza espontánea y perentoria del instinto. El súper-yo observa, guía, censura, amenaza como antes lo hacían los padres con el niño.

El súper-yo es una fuerza (procedente del principio de realidad) que condiciona al yo, pero no lo determina. El yo puede obrar contra las normas del súper-yo, pero entonces aparece el remordimiento. Si el yo sigue los impulsos del súper-yo se siente “bueno”, de lo contrario se siente “malo”.

Por el súper-yo, el individuo llega a ser un ser social. El súper-yo es el conjunto de normas sociales introyectadas que le sirven al individuo de criterio para su conducta: si las sigue se sentirá integrado con su medio social, aunque en oposición con sus deseos instintivos agresivos.

Una vez que se es libre de las necesidades y se admite la existencia de la libertad, allí comienza otra gran pregunta: ¿somos libres para qué? Ahora bien, según Freud, todo nuestro psiquismo busca el placer. No puede ser otra la finalidad de nuestra libertad:

somos libres de las necesidades para obtener, en última instancia, un placer mayor. Tal parece ser la “astucia” de la libido.

Mas el placer, en una persona libre, puede ser encauzado de modos y maneras variadas y socializadas, no autodestructivas. El adicto, por su parte, al quedar esclavizado a su objeto aditivo, encadenante, pierde lo más significativo de la persona humana: su libertad, su capacidad efectiva de decidir.

Nuevo Estado (debilitado) y nuevas ofertas posmodernas generalizadas

El efecto más importante y evidente del retroceso o autolimitación del Estado Liberal es la mayor exposición de los electores al impacto coercitivo (la agenda) y doctrinario (el código) causado por fuerzas esencialmente no políticas, en particular fuerzas asociadas con mercados financieros y de productos.

La tendencia más marcada de nuestra época es la separación del poder y la política: el verdadero poder -que es capaz de determinar el alcance de las elecciones prácticas- fluye, gracias a su movilidad -nunca tan irrestricta- que es virtualmente global o extraterritorial. Todas las instituciones políticas existentes (elegibles, representativas) son hasta ahora estrictamente locales. El núcleo de la actual crisis radica en la ausencia de una agencia suficientemente efectiva como para legitimar, promover, instalar y cumplir cualquier conjunto de valores, o cualquier agenda de opciones consistente y cohesiva.

El rol tradicional desempeñado por el Estado político, en cuanto al establecimiento de una agenda, se reduce cada vez más al control directo de ciertas categorías sociales que de ninguna manera están expuestas, ni son sensibles a las presiones del mercado y a las que, por lo tanto, se quiere obligar a funcionar dentro de las opciones de la agenda que esas presiones sostienen. Desde el punto de vista de las autoridades políticas, son categorías autorreguladas.

Estas categorías educativas sociales incluyen especialmente a los pobres posmodernos redefinidos como consumidores defectuosos y, de modo más general, a todas las clases sociales peligrosas (potencialmente criminales) que, al quedar excluidas de la agenda establecida por el mercado, recurren presumiblemente a alternativas que dicha agenda deja afuera (Bauman, Z. 2007: 83).

En la edad dorada de la sociedad de productores, la ética del trabajo conformaba el ideal de una sociedad justa, todavía por alcanzar, servía como horizonte. La condición de pleno empleo a la que se aspiraba encarnaba la idea de una sociedad integrada únicamente por gente de trabajo (y sus valores).

La normalidad del pleno empleo, era aceptada por todos los miembros de la sociedad, y por definición, quienes estaban “fuera de la norma”, reflejaban solo dos opciones: la falta de trabajo (algo no está bien) o falta de disposición al trabajo (anomalía personal).

Los ricos, aquellos que -en la era de los productores- eran considerados como triunfadores por su propio esfuerzo, eran ejemplo vivo de una vida de trabajo; eran reverenciados como verdaderos héroes, modelos sociales.

Por el contrario, en la Posmodernidad, la riqueza y la acumulación de riquezas son objeto de adoración por si misma (Bauman, Z. 2000); pero para seguir creciendo necesitan promover una sociedad de consumidores. Quien no es un consumidor está al margen de la ley del consumo y tiende a ser un subversivo.

En este contexto, Bauman advierte que la finalidad de proceso educativo de la sociedad líquida se está convirtiendo, lamentablemente, en “ejercitar (a los jóvenes) para que se conviertan en consumidores” (Bauman, Z. 2013: 65).

El proceso educativo ha dejado los grandes ideales de la generación de un hombre nuevo, propuesto por la Modernidad, bajo los ideales de la libertad, la fraternidad y la libertad, para integrarse en la Posmodernidad con las nuevas estrategias de la reproducción de sometimiento social, a los dueños de las grandes y masivas tecnologías, generando un sometimiento manso y cautivador de las conciencias (Bourdieu, P. 2013)

En este clima, tendremos para largo tiempo un Capitalismo avanzado o tardío, líquido, posmoderno, pero no menos urgido por la necesidad del vender y por la obsolescencia programada.

Es lógico que los jóvenes estén desencantados ante la situación política actual: han perdido confianza en nuestros políticos y no sienten ilusión ni viven con ideales. Los licenciados universitarios de hace tres o cuatro años ven que han trabajado duro para formarse y no encuentran un trabajo que les permita desarrollar una profesión. Antes, los jóvenes veían que la situación de sus padres era el punto de partida del que ellos

arrancarían para progresar, porque iban a ir a mejor con toda seguridad. Ahora no ocurre eso, los jóvenes están preocupados por mantener la posición heredada de sus padres y dudan poder mejorarla, más bien todo lo contrario, ya que sospechan que les irá peor. Esto es desalentador para ellos. Es la primera vez que esto ocurre desde la Segunda Guerra Mundial. Los jóvenes han perdido la confianza en el sistema político heredado y con toda la razón, porque no creen que los gobiernos de los países puedan cumplir sus promesas porque están sometidos a distintas presiones: la de los electores que los han votado y la del FMI, del Banco Mundial y de la Bolsa, organismos que sólo se preocupan de rendimientos y resultados y no de ideales políticos. (Bauman, Z. 2014)

Antes decíamos que el Capitalismo era alienante: otros decidían por nosotros los jóvenes; y nos dábamos cuenta y protestábamos. Hoy siguen decidiendo por la mayoría de las personas en nuestro planeta; pero no se dan cuenta, no son conscientes; y si lo llegan a ser nos les interesa mayormente; porque se sienten bien con lo que se les ofrece, en cuanto a estar con “buena” música reciente (la que siempre oyen: los clásicos son aburridos); en cuanto a estar en red con sus amigos que les cuentan cuál es la última onda por lo que a calzado se refiere; o qué remera usar, o qué piercing. El Capitalismo se basa en esto, “en deshacernos de lo que tenemos, aunque funcione perfectamente, para demostrar a los que nos rodean que tenemos el último modelo. Así es que tenemos Capitalismo para rato” (Ídem).

Estrategias de dominación

Las estrategias de dominación, en el nivel mundial, son evidentes; pero conviene resumirlas:

- a.- Se desea tener una economía previsible, predecible y manipulable. Las clases inferiores de la sociedad deben ser llevados a un control total: llevados a las calles, empleados en y con un trabajo precario y rutinario, antes de que comiencen a pensar por sí mismas.
- b.- Se trata de generar nuevas armas silenciosas para las nuevas guerras sociales. Se requiere personas atadas rápidamente a una tarea social sin mucho sentido.
- c.- La célula inferior de la sociedad -la familia- debe ser desintegrada, aumentando las preocupaciones en los padres para que queden preocupados por lo inmediato.

d.- La clase de educación de las clases inferiores debe ser la mínima, para que les resulte incomprensible la educación de la clase superior.

e.- Se requiere mantener al público ignorante de los sistemas: solo presentar noticias, sin tiempo para realizar análisis y ver las causas y las consecuencias.

f.- Ya desde el tiempo del imperio romano, se sabía que lo que se requiere para mantenerse en el poder era la distracción masiva con algo para comer: circo para todos y un plato de porotos o trigo.

e.- La vida tiene que ser divertida. Por ello, si la escuela no entretiene, parece desactualizada. Entretener lleva a presentar programas educativos de baja calidad en lógica, matemática, historia, diseño de sistema, economía y creatividad.

g.- Los gobernantes deben comprometer las emociones de las masas populares, aumentando su egocentrismo. El egoísmo es una conducta moral y exige esfuerzos; el egocentrismo, por el contrario, es casi natural; es la centración en sí mismo de manera espontánea: es suficiente con mirarse en la propia imagen (selfie o autorretrato).

h.- Lo que no es visto no existe. Los ataques violentos deben canalizarse en los medios de comunicación, virtualizándose la violencia antes de que explote realmente la violación mental y el impacto emocional.

i.- Ante las frustraciones, corresponde hacer creer que cada uno es el único culpable, para que inhiba las acciones de crítica social y no reaccione.

j.- Es oportuno que las masas populares se acostumbren a las situaciones económicamente críticas. Cuando se puede aumentar impuestos sin que se quejen, se puede pasar a la esclavitud legal.

Con estas estrategias se logra mantener un orden social y pacífico para las clases dirigentes, mientras las masas populares tienen diversión gratuita (música a todo volumen y en lengua extranjera), y están distraídas con programas (como el Gran Hermano) sin importancia real, donde se premia la competencia desleal.

La diversión debe ser preparada como para el nivel inferior al de un chico menor de 6º grado: simple, tosca, algo grosera y casi desnuda.

Diferir las medidas futuras es una buena estrategia política de sometimiento: las crecientes necesidades harán que parezca que las medidas de ajuste lo solicita la gente, como si fuese un mal menor y la única manera de solucionar las cosas.

Es estratégico también, eliminar el pensamiento crítico y satisfacer al mercado. Unir lo que se quiere vender con una sensación agradable o de alivio: en otras palabras, seducir.

Se requiere, además, alejar la soberanía personal (aunque la mayoría debe tener la sensación que es ella la que decide); alejar el conócete a ti mismo, el pensar por la propia mente, el tomar las riendas de sí mismo. Quien conoce a sus enemigos y se conoce a sí mismo, ganará, en efecto, todas las batallas.

Otra estrategia de dominación masiva se halla en mantener a la gente ocupada, sin tiempo para pensar lo que le pasa.

Mantener a las masas en el infantilismo: perpetuar un ángel de la guardia, un Estado-papá, que nos diga que todo irá bien: todos los derechos sin deberes y sin responsabilidad, pues papá se encarga. Mientras tanto, los gobernantes harán leyes según las cuales los dirigentes no pagarán por sus decisiones, ni devolverán lo mal habido (corrupción, Estado irresponsable).

Se trata de mantener a las masas en estado de esclavitud inconsciente, pues sólo es esclavo quien lo advierte y espera que otro lo libere.

Los gobernantes deben saber que la demanda del pueblo es increíble; y deben responderle al pueblo con soluciones increíbles.

Alejar la idea de que todo ciudadano tiene obligación de trabajar y de que si no lo hace está robando. Lo que hoy se solicita es que sea lo que fuere el trabajo debe ser divertido.

La mayoría quiere matar a quien la molesta: pero asignan este trabajo a otros, para quedar tranquilos. Se desea ser libre pero se tiene miedo al fracaso, por la irresponsabilidad con la que se vive.

En fin, dejar que los del pueblo se maten entre ellos, o manejarlo con seducción y con la droga, porque todos tendemos a quedar adictos a lo que nos seduce y gratifica.

Dos ausentes: la falta de sentido en la vida y del dominio del yo

El sentido de la vida se construye socialmente y se configura por anticipado. Una acción concluida tiene sentido de un modo retrospectivo. Una acción con sentido es guiada por una perspectiva determinada hacia un fin preconcebido. Este diseño es una utopía en la que el actor anticipa una condición futura, evalúa su deseabilidad y su urgencia y considera los pasos que habrán de hacerla posible en la medida en que el proceso, a través de acciones similares previas, no sea familiar y no se haya convertido en una conducta habitual, rutinaria. La actitud opuesta podría llamarse en cierto sentido estupidez: dificultad, gran lentitud para comprender las relaciones de los acontecimientos; cretinismo, imbecilidad, idiotez.

El sentido de las acciones, “en el acto”, se configura: a) por su relación con el propósito. La acción concluida, ya sea exitosa o no -pero también la acción proyectada como algo concluido-, puede compararse con otras acciones, ser entendida como el cumplimiento de máximas y explicada; y b) justificada como la ejecución de normas, como esfuerzo y desafío a una norma, negada a otros y, en última instancia, a uno mismo. Ese carácter dual del sentido, así como la compleja estructura del sentido, están presentes en toda acción; pero en la rutina diaria puede ocurrir que esas características aparezcan borrosas.

En particular, el sentido del tiempo otorga sentido a la vida humana: el presente toma sentido a partir del pasado y lo proyecta en el futuro. La carencia de raíces históricas y culturales hace absurda la vida de los individuos, de los grupos y naciones. Cuando no hay raíces hay superficialidad, rastrerismo. Nuestra época posmoderna tiene que soportar ese resultado de haber olvidado la historia, de haberla suprimido de las instituciones educativas como cosa del pasado; pero corre el riesgo de repetir los desastres de ese pasado.

Por otro lado, la conciencia de que nada tiene sentido, nos libera de los absolutos y nos deprime con la falta de sentidos consistentes.

Desde luego que la acción social comparte esa estructura del sentido, pero asume también otras dimensiones: puede ser indirecta o directa, puede ser mutua o unilateral. La acción social puede ir dirigida hacia otras personas, presentes o ausentes, muertas o aún por nacer. Puede que busque dirigirse a ellas en su individualidad, o pura y simplemente en tanto categoría social. Puede orientarse a conseguir una respuesta o no -y puede haber o no una respuesta. Puede ser concebida como única o puede que busque



convertirse en una reiteración habitual, o prolongarse en el tiempo.

El complejo sentido de la acción social y de las relaciones sociales se construye en estas diferentes dimensiones del sentido. Al referirnos a la manera en que se constituye el sentido en la conciencia del individuo quedó claro desde ya que esto no podía aludir al sujeto aislado, a la mónada incomunicada.

Una vida diaria con sentido está llena de secuencias de acción social y la identidad del individuo se forma tan sólo en dicha acción. Requiere: a) intencionalidad o propósito al hacer algo y b) esfuerzo o desafío constante en el tiempo. Lamentablemente, la cultura posmoderna no parece favorecer estas dos exigencias y las personas no encuentran sentido a sus vidas, ni se preocupan por ello.

En la Edad Media, la búsqueda de sentido hizo potenciar la presencia de la religión. Luego, en la Edad Moderna, la ciencia (querer saber) y el poder (querer dominar) cubrieron la carencia de sentido religioso. En la Edad Posmoderna, en la que vivimos, simplemente se está en un cóctel de contradicciones, sin apocalipsis ni dramas.

Las aprehensiones puramente subjetivas son el fundamento de la constitución de sentido: los estratos más simples del sentido pueden crearse en la experiencia subjetiva de una persona. Los estratos superiores y una estructura más compleja del mismo dependen de la objetivación del sentido subjetivo en la acción social. El individuo puede hacer complicadas conexiones lógicas e iniciar y controlar secuencias diferenciadas de acción, sólo si él o ella es capaz de hacer uso del acervo de experiencia disponible en el contexto social.

La objetividad no es importante como lo es la subjetividad. Actualmente una persona es una subjetividad; pero ésta no existe sin aquélla. La sola subjetividad es sólo sentimiento; el conocimiento humano exige también el otro extremo: la objetividad. El mismo concepto de verdad desaparece si no se puede distinguir lo objetivo y lo subjetivo. Entonces sólo caben las fake news. Importan las noticias por lo impactantes o excéntricas que ellas son, no por su objetividad o verdad.

De hecho, elementos del sentido modelados por antiguas vertientes de la acción social (las “tradiciones”) fluyen incluso en los niveles más bajos del sentido de la experiencia individual. La tipificación, la clasificación, los patrones experienciales y los esquemas de acción son elementos de las reservas subjetivas de conocimiento, tomados en buena medida de las reservas sociales de conocimiento. Queda un resto de conocimiento

científico popularizada que funciona como control remoto de sentido para las masas, ocupadas en lo diario y preocupadas por el fin de semana.

Por cierto que la constitución subjetiva del sentido será luego el origen de todas las reservas sociales de conocimiento, los depósitos históricos de sentido en que pueden apoyarse las personas nacidas en una sociedad y en épocas particulares. El sentido de una experiencia de acción cualquiera surge “en alguna parte”, “en algún momento”, como la acción consciente de un individuo “para resolver un problema” en relación con su medio ambiente natural o social. La despreocupación de los individuos por el largo plazo generará también una sociedad, una tradición y una civilización despreocupada por el sentido en el largo plazo.

No obstante, puesto que la mayoría de los problemas a los que se ve enfrentado el individuo afloran a la vez en las vidas de otras personas, las soluciones a esos problemas no son sólo subjetivamente sino que también intersubjetivamente relevantes. Los problemas afloran, a la vez, de la acción social interactiva, de modo que las soluciones deben encontrarse también en común. Tales soluciones pueden objetivarse en alguna de un cierto número de formas posibles, a través de señales, instrumentos, elaboraciones, pero sobre todo a través de las formas comunicativas de un idioma, quedando así disponibles para otros (Berger Peter L. y Luckmann T. (1996: 5-6).

Si no se da una visión de sentido a mediano y largo plazo, se vive al día y esto funciona mientras se deben cubrir las necesidades básicas del día; pero cuando se superan estas necesidades básicas comienza a surgir el malestar por no tener nada que hacer, por no saber qué hacer, por el aburrimiento (que es aborrecimiento) individual y social.

Se requieren entonces estrategias de diversión.

La seducción en lugar de la libertad es una estrategia que no nos hace esforzarnos mucho ni nos quita la idea de que seguimos siendo libres. Como dice Zizek: “En las sociedades liberales la seducción no está simplemente permitida, sino que es positivamente valorada como una señal de la libertad individual” (2012: 49).

La seducción nos atrae y nos arrastra interiormente sin atropellarnos. En el proceso de seducción seguimos creyendo que somos nosotros los que libremente decidimos.

Como todos los humanos tenemos alguna debilidad, el enfrentarnos a ella nos humilla. El objeto (persona, acontecimiento) que nos seduce no nos enfrenta: simplemente está allá y parece que nos sonríe y nos llama, sin quitarnos la libertad.

La Modernidad, especialmente desde la Revolución francesa, estuvo socialmente ebria de libertad: ella parecía ser el valor supremo de las culturas occidentales modernas. Pero cabría preguntarnos: ¿libertad para qué? Esta pregunta y el enfrentarse con esta cuestión generan angustia. Somos capaces de luchar por la libertad, pero luego sobreviene el segundo problema: ¿Libertad para qué? ¿Qué hago ahora con mi libertad? Muchos africanos, en la posguerra de la liberación de los esclavos en los Estados Unidos, lamentaron la liberación de su situación como esclavos. Porque a los negros, como esclavos, se los golpeaba pero no se los mataba. Luego ya no interesaba la vida de un negro africano: ignorante, maloliente, resultaba ser una carga social que había que apartar (asientos para blancos, baños para blancos, separados de los negros). Después de la esclavitud, surgió naturalmente el racismo.

El yo (el sujeto humano) puede dejarse seducir y vencer por el placer reservado en el ello, según la teoría psicoanalítica freudiana (Daros, W. 1979, III: 249-272).

El yo, como ya mencionamos, es como un jinete -escribe Freud- que debe dominar las fuerzas superiores del caballo (que es ello). Pero hay una diferencia: el yo no tiene fuerzas propias como la puede tener un jinete. El yo debe usar, entonces, las fuerzas del principio de realidad (el medio ambiente y las prohibiciones del súper-yo) para contrarrestar las fuerzas del principio de placer (ello). (Freud, S. 1973, III: 2708).

La libertad psicológica efectiva, pues, no es igual en todas las personas, sino que depende de la mayor o menor estructuración del yo y del súper-yo. El yo no puede decidirse libremente contra el deseo del instinto si no dispone de una fuerza proporcional que le viene del súper-yo bien estructurado (esto, de normas sociales estables y con sentido de esfuerzo coherente) y de un yo armónico, por lo que puede contrarrestar la fuerza espontánea y perentoria del instinto o de las pulsiones que exigen inmediata satisfacción. El súper-yo observa, guía, censura, amenaza como antes lo hacían los padres con el niño; el ello trata de seducir al yo con el placer; el yo debe elegir: un yo capaz de elegir y decidir es lo que puede llamarse un yo educado, armónico en sí mismo y armonizado con los demás.

El súper-yo es una fuerza (que proviene del principio de realidad) que condiciona al yo, pero no lo determina. El yo puede obrar contra las normas del súper-yo (lo introyectado de las normas, los padres y de la sociedad); pero entonces aparece el remordimiento (la advertencia de la contradicción entre lo que se hace y lo que se debería hacer). Si el yo, luego de razonar y considerar la situación, sigue conscientemente las indicaciones del súper-yo (las normas) se siente «bueno»; de lo contrario se sentirá «malo»; al menos hasta tanto no cambie las normas del súper-yo.

Por el súper-yo (principio de la realidad social), el individuo llega a ser un ser social si lo asume y respeta, integrándose con los demás, al seguir las normas aceptadas por el grupo social. El súper-yo es el conjunto de normas sociales introyectadas que le sirven al individuo de criterio para su conducta: si el yo las sigue se sentirá fortalecido e integrado con su medio social, aunque en oposición con sus deseos instintivos agresivos. Lamentablemente el siglo XX ha sido un siglo de fuertes dictaduras y de fuertes rechazos a las mismas. Esas reacciones, frecuentemente, fueron exageradas y, en nombre de la libertad, nos quedamos sin normas y sin previsibilidad.

La escuela tenía bien claro -y así lo transmitía- qué se podía hacer o decir en ella y qué no, cómo había que ir vestido en clase. En ese modo todos sabíamos a qué jugábamos. Como sucede desde que existe la vida en sociedad, en ese mundo también había transgresiones que eran parte de ese escenario y, en cierto modo, lo confirmaban. En mi escuela no se podía fumar, pero todos sabíamos que en el baño del segundo piso se fumaba y que al que encontraban lo sancionaban en la escuela y después, en casa...

Un día los adultos ya no pudimos sostener ese rol, no soportamos apoyar a la escuela porque no estábamos de acuerdo con lo que hace y lo consideramos injusto. Ni siquiera podíamos apoyarnos entre nosotros en los problemas que teníamos en casa... Decíamos y hacíamos aquello que sentíamos, lo que queríamos, lo que nos parecía. Y en esa condición, dejamos de ser previsibles, confiables, dejamos de ser el grupo de referencia...

El resultado fue que nos quedamos sin esas pautas que nos daban previsibilidad, estamos más solos con nuestras opiniones e ideas... Se planteaban nuevas ideas, pero sin poder nunca acordar una posición compartida, y algunas decisiones en el aula, como corregir o no la ortografía, o aplicar una sanción cuando algo ocurre, pasaron a ser una cuestión de criterio personal de cada docente. Así, en Argentina, terminamos discutiendo si un chico que no sabe tiene que aprobar o reprobar, si repetir le hace bien, si lo ayuda o si va contra sus derechos...

Nos llevamos todo por delante y no buscamos una alternativa solo para aquello que no cerraba... Nosotros no teníamos pautas claras y los dejamos a ellos usar las que se les ocurrían...



Son los adultos los responsables por tener una posición, por darles credibilidad a las normas, a las pautas, a la comunidad que debe convivir alrededor de esos acuerdos. (Laies, 1916: 86-89).

Las adicciones significan justamente el sojuzgamiento del yo en aras de quien lo domina (drogas, otras conductas) mediante la seducción que ofrece placer.

La cultura, las leyes, las conductas socialmente aceptables, exigen esfuerzo al precio de una disminución del placer seductor e instintivo del ello.

¿Qué ha sucedido para que los deseos agresivos se tornaran inocuos? Algo sumamente curioso, que nunca habríamos sospechado y que, sin embargo, es natural. La agresión es introyectada, internalizada, devuelta en realidad al lugar de donde procede: es dirigida contra el propio yo, incorporándose a una parte de éste, que en calidad de súper-yo se opone a la parte restante, y asumiendo la función de "conciencia" (moral), despliega frente al yo la misma dura agresividad que el yo, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños. La tensión creada entre el severo súper-yo y el yo subordinado al mismo la calificamos de *sentimiento de culpabilidad*: se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo. Por consiguiente, la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior como una guarnición militar en la ciudad conquistada. (Freud, S. 1973, III: 3053).

El súper-yo puede ser más o menos fuerte y rígido. En algunos individuos el súper-yo es muy rígido y atormenta al yo con sus imposiciones contra el principio de placer: surge entonces la neurosis obsesiva (el individuo se siente obligado, fijado en cierto ritual para no sentirse culpable) o la melancolía. Entonces lo que reina en el súper-yo es como un puro instinto de muerte y puede llevar al individuo a suprimir su vida o la de los demás.

Una de las finalidades del psicoanálisis es hacer ver existencialmente al individuo la rigidez de su súper-yo, y cómo el súper-yo puede modificar sus normas demasiado rígidas: de este modo se consigue equilibrar las fuerzas del súper-yo y las del ello y el individuo adquiere una efectiva libertad.

En el caso de un individuo perverso (donde los instintos logran sus objetos y la satisfacción porque el yo no puede oponerse efectivamente al ello que lo seduce, dado que el súper-yo es demasiado débil), el psicoanálisis tratará de reforzar las fuerzas del principio de realidad; tratará de que el individuo reestructure las normas éticas del súper-yo encausando socialmente la consecución del placer, en el contexto de su proyecto de

vida, socialmente aceptable. Cuando el ello se impone al súper-yo, el yo o sujeto es seducido por el ello, por las pulsiones a las que no puede resistir más.

La libertad no es, entonces, un fin en sí misma (como si no necesitaría de otro fin superior a ella). La libertad es, por el contrario, un medio para lograr una finalidad. A esta finalidad la podemos llamar “el proyecto de vida de cada cual” que es el dador del sentido social; y según el cual el yo estima lograr la felicidad o el placer en un contexto aceptado por los demás. Para lograrla, las palabras mueven, pero los ejemplos arrastran: nos faltan ejemplos morales de grandes personas que ayuden a hacernos grandes personas que encuentren su plenitud y felicidad ayudando a los demás.

La felicidad implica la plenitud de bienes; pero esto implica a su vez un proceso vital en el cual la idea de plenitud va cambiando. Si eres un esclavo, la felicidad será obtener la libertad; si eres libre pero no tienes seguridad, entonces la felicidad se hallará en tener seguridad. Si tenías seguridad, pero no tenías bienes materiales, la felicidad se concentrará en tener esos bienes. Si eres marginado, no querido, la felicidad consistirá en ser amado; si eres feo, la felicidad se enfocará en hacerse bello, etc.

Las instancias del superyó, por otra parte, ya no son monolíticas. La diversidad cultural, la fragmentación o casi extinción de las familias, la inmadurez de los padres que no terminan de elaborar su adolescencia, los cambios científicos y tecnológicos, hacen que las normas sociales de los adultos se vuelvan obsoletas o ridículas.

Estamos, por primera vez, en la historia humana, ante generaciones de hijos que conocen más que sus padres el uso de las tecnologías. También es la primera vez que lo que importa es el presente con prescindencia del pasado histórico. Todo ello causa una aceleración de los tiempos y una obsolescencia de las normas culturales, que antes tenían una vigencia centenaria.

La pluralidad cultural y la desintegración de los grupos primarios dejan indefensos a los adolescentes (que hoy se prolonga hasta los 30 años). No es sorprendente, entonces, que una gran parte de esos adolescentes se deje seducir por otros modelos o estilos de vida, fogueados por un capitalismo que necesita vender y cambiar para volver a vender y capitalizar. Entonces, se es buen ciudadano y la vida tiene sentido si se puede consumir.

La educación como terapia y la posibilidad de la recuperación del dominio de sí mismo del adicto, en un contexto social

Se dieron pasos fundamentales para contemplar al consumidor de drogas como un sujeto con un trastorno íntimamente relacionado con la enfermedad mental que pasa por momentos distintos en relación a su capacidad y deseo de cambio (González, P. 2001: 1274).

Una nueva perspectiva descubre al toxicómano como un enfermo con un grave problema invalidante, la dependencia, que ha encontrado en las drogas la esencia, el alivio de las frustraciones, las ansiedades, la agresividad, la tristeza, las vivencias despersonalizadas, y otras causas de malestar subjetivo.

Hoy se estima que el proceso de educación informal realizado por los grupos primarios (familiares) que lo rodean (y por profesionales de la salud psíquica, cuando es necesario) deben advertir que existe un derecho y un deber para con la propia calidad de vida de los que ingresan en una sociedad.

La asistencia, el tratamiento y las intervenciones de apoyo terapéutico deben realizarse desde la corresponsabilidad (derecho-deber), eligiendo para cada caso el abordaje más apropiado, teniendo en cuenta la opinión del toxicómano acerca de su problema y la manera de resolverlo, así como los condicionantes involuntarios, el contexto y el momento del paciente en el ciclo de cambio.

La corresponsabilidad supone que el tratamiento debe contar con la libertad y el compromiso del sujeto, salvo circunstancias que lo impidan, e irá dirigido a alcanzar los objetivos acordados con el paciente, en un entorno social favorable. Es importante que los jóvenes vean que ser una buena persona es algo valioso en sí mismo. Hay un gran desamparo en este tipo de valores vividos y una gran oferta de mercado de consumo fácil y rápido de sensaciones placenteras. La grandeza humana nos viene de los grandes ideales en bien de todos, que motivan a las personas a grandes sacrificios personales para lograrlos, aunque casi siempre tengan también algún defecto o debilidad, algo propio de los humanos. Es importante, no obstante que, sobre todo los jóvenes, conozcan a estas personas, sea directamente, sea leyendo sus biografías o viendo películas biográficas. Convivimos con un gran número de personas mediocres, con algunas perversas, pero también con un buen número de personas capaces de grandes sacrificios silenciosos; personas en pro de los demás, aunque lleven una vida cotidiana humilde, callada, laboriosa.

Se podría afirmar que la valoración es propia de cada individuo, dentro de un sistema sociocultural y económico que establece su propio patrón de comparación. Es una herramienta imprescindible que cada individuo le otorgue un valor a cada acto humano, a cada acción relacionada con la cultura, lo económico y lo social y le asigne una prioridad dentro de las actividades prácticas.

Es muy importante realzar y conocer este análisis de la valoración y tenerlo presente al abordar el problema de la adicción, ya que cada individuo hace un juicio de valor que le es propio, otorgándole una jerarquía a sus valores; y, cuando no ve la solución a sus problemas a corto alcance, puede encontrarse indefenso ante las drogas que lo seducen y enajenan.

Los valores además de ser propios de cada individuo, familia y sociedad, están en constante cambio, debido a los cambios propios de la sociedad. En períodos de transición de la sociedad pueden ocurrir crisis de valores que conducen a cambios que pueden ser progresivos, de reacomodamiento o regresivos dentro de la sociedad. Cada individuo, familia y sociedad posee maneras diferentes de aceptar o rechazar esos nuevos valores que han surgido, por lo que algunos individuos encuentran la salida en las adicciones.

Estas crisis de valores producen cambios en la sociedad que les observa mediante los síntomas que ella presenta y que se deben tener en cuenta, ya que de acuerdo a la valoración que cada individuo adopte, se producirá una nueva crisis social. Estos síntomas son: perplejidad e inseguridad, qué es lo valioso y lo antivalioso; y pueden llegar a generar un cambio en el lugar jerárquico de los valores en el sistema jurídico objetivo.

Este análisis axiológico se encuentra directamente relacionado con el análisis ético, es decir con la ética médica, o la ética de la relación médico-paciente, parte también componente de la bioética. La ética médica rige los principios morales y la conducta de los trabajadores de la salud en relación con el hombre sano o enfermo, entre sí y con la sociedad.

Podría definirse a la bioética como el nuevo paradigma de la ética médica, donde intervienen el individuo, la familia y la sociedad. Es el estudio sistemático de la conducta humana en el proceso salud-enfermedad, visto a través de los principios morales del equipo de salud centrados en el individuo, familia y sociedad, desde lo social, espiritual, mental y biológico (Gutiérrez Raina, Daniel; Hernández Meléndez, Edelsys. 2008:7).

En el enfrentamiento a los problemas adictivos además de estos principios se debe mantener presente el problema del sentido de la vida, dado que es de vital importancia, ya que una de las características esenciales para la vida de estos individuos se halla en que el sentido de la vida está ausente o escasamente presente.

Al ser humano le compete planificar su vida. Cuanto más tarde se da cuenta de lo que le sucede, le es más dificultoso tomar las medidas y subsanar los errores cometidos. Por lo cual es imprescindible analizar el sentido de la vida, desde la prevención a fin de proporcionarle herramientas para que la falta de éste no lo lleve a cometer desaciertos en lo individual, familiar, social e incluso en la comunidad.

Este problema ha constituido una exigencia en los análisis del desarrollo social y el lugar que ocupa el hombre en ese sentido. En la actualidad, para los psicólogos, sociólogos, equipos de salud, educadores en general y el sistema educativo, es un reto que hace modificar algunos esquemas tradicionales, para que los jóvenes se encuentren consigo mismo y lleguen a ser personas activas, creadoras, responsables, no desviadas de los grandes ideales por factores económicos, sociales, políticos y religiosos de la época.

Los seres humanos nos diferenciamos de las bestias, entre otras cosas, por la capacidad de tener ideales, grandes ideas motoras de nuestras conductas que jerarquizan y organizan nuestras vidas individuales y sociales.

El sentido de la vida está muy ligado a la conducta del hombre, sus actos, su disciplina personal y su responsabilidad ante ellos, el sistema de valores que motivan su conducta individual y colectiva, así también la cosmovisión del mundo y como se nutre su propia conducta, las aspiraciones, los objetivos que persigue (Idem, 11).

La disciplina personal es la capacidad de dominio de sí que se tiene para tomar acción independientemente del estado emocional. Así como se necesita músculo para construir más músculo, se necesita disciplina para construir una mayor disciplina personal. La disciplina personal juega un papel fundamental en el rumbo que toma la vida de una persona, ya que le permite realizar de forma consistente, acciones positivas que pueden ser discretas en principio pero que, en el largo plazo, arrojan resultados fantásticos. Por ejemplo, en un momento dado, puede parecer bastante trivial tomar un desayuno bien balanceado en un horario establecido y con las condiciones de higiene adecuadas. Sin embargo, los resultados de realizar esta simple actividad de forma diaria durante veinte

años pueden ser extraordinarios para la salud, la apariencia, la autoestima, las relaciones y las finanzas personales. No se necesita un coeficiente intelectual muy elevado para preparar y consumir alimentos saludables; sólo se requiere contar con el nivel de disciplina suficiente para adquirir, preparar y consumir los productos que constituyen una dieta bien balanceada.

Ser educado supone aprender y aprender supone construirse una autodisciplina, proponiéndose metas, conociendo la realidad de la situación en la que inicialmente nos encontramos, con fuerza de voluntad.

La aplicación de la fuerza de voluntad incluye los siguientes pasos:

1. Elige tu objetivo.
2. Crea un plan de logro.
3. Ejecuta el plan, con trabajo duro y dedicación, siguiendo adelante con persistencia, pero sin necesidad.

Los adolescentes precisan confrontar con los adultos que los rodean a fin de crecer y desarrollarse autónomamente. A pesar de que cuestionan el orden preestablecido, circunstancia frente a la cual los padres pueden no estar preparados, los límites son esenciales. La cordialidad en el diálogo y la claridad en la puesta de límites actúan de contención para lograr desprenderse.

El desprendimiento de los padres exige la búsqueda de nuevos modelos. El grupo de pares adquiere relevancia. El ensayo de roles, la vestimenta, el lenguaje y los gestos en común con el grupo, son necesarios para afianzarse. A veces, es más importante para los y las adolescentes lo que los demás piensan que son, que lo que ellos y ellas sienten. Luego adquieren la noción de adónde van y el reconocimiento de lo que realmente valen.

Concluyendo

Las instituciones en donde pasan mucho tiempo (escuela, club, iglesia y aún la misma calle) dejan su impronta favoreciendo o deteriorando el desarrollo individual. Las

oportunidades de participación e inserción social contribuyen al desarrollo del sentido de la vida.

Las escuelas deberían colaborar en el desarrollo de la autoestima y de la autonomía. Lamentablemente la virtualidad no lleva a ello, sino a encerrarse en la tecnología.

La reflexión sobre desarrollo humano, relaciones interpersonales, organización social, valores religiosos, oportunidades para el futuro, orientación vocacional, pueden contribuir a construir una filosofía de vida. Lamentablemente, en muchas oportunidades se premian la docilidad y la sumisión, y no se aceptan preguntas y cuestionamientos. La búsqueda de la libertad y la expresión de descontento y de inquietud no suelen ser valoradas.

Todos los hechos sociales son complejos y resulta difícil hablar de ellos, sin traer contraejemplos que desdican lo dicho. La brecha entre ricos y pobres, entre la metrópolis y el interior, es notable, y se ponen en evidencia las múltiples adolescencias en los diferentes contextos sociales. No obstante, hablando en general, se puede afirmar que hay familias, que por su estilo de vida, promueven una maternidad temprana, mientras que otras esperan que sus hijos e hijas terminen los estudios, se instalen en sus trabajos y, recién después, que planeen la conformación de una familia o pareja estable.

Se ha observado, que la carencia de diálogo en el hogar y la violencia se asocian a mayor depresión, baja autoestima, falta de proyectos en la adolescencia y, por lo tanto, a mayor probabilidad de comportamiento de riesgo y malestar psíquico. Entre los y las adolescentes, hay quienes se sienten identificados con sus familiares; otros, por el contrario, son extranjeros en su propia casa y crecen en un mundo mucho más complicado que el de sus abuelos, un mundo en el que las oportunidades de contacto, constancia y permanencia resultan poco frecuentes.

Si bien el adolescente requiere desprenderse de los padres, también necesita hacerlo adecuada y gradualmente. La familia o grupo familiar es un factor importante en el logro del dominio de sí mismo por parte del adolescente.

La transmisión de ideales, emblemas, significaciones y sentidos es difícil cuando la familia está en crisis, con crisis sobre sí mismos, sobre su lugar en el mundo, sobre la posibilidad de hacerse cargo de las funciones de protección material, de la transmisión de valores y modos de vida que ya no son reconocidos por la sociedad y la cultura, y en donde ya no se sienten reconocidos.

La falta de trabajo del padre o del que cumple ese rol y la pérdida del lugar de proveedor en la familia se acompaña de la pérdida del valor de la palabra, de crisis en la familia y de crisis en el adolescente. Esto genera un malestar que los miembros de la familia expresarán de diferente manera: ansiedad, depresión, somatizaciones, violencia, desesperanza. Si el adolescente siente que la incertidumbre con respecto al futuro lo paraliza no podrá desarrollarse adecuadamente. Hay que aclarar que los lazos familiares y las redes de apoyo social pueden ejercer una fuerte influencia para hallar nuevas estrategias de supervivencia y de desarrollo emocional y social.

Los modelos contemporáneos de adicción proporcionan una visión neuroevolutiva, dimensional y cambiante de la naturaleza del trastorno. Los factores genéticos, temperamentales y las variaciones inter-individuales en la maduración cerebral y el desarrollo cognitivo y socio-afectivo pueden generar en determinados individuos una mayor susceptibilidad al inicio del consumo, que se plasma en un mal funcionamiento de los procesos de control inhibitorio y toma de decisiones. Una vez iniciado el consumo, la sensibilización de los sistemas interoceptivos, motivacionales y de estrés, y la exacerbación de los déficits de flexibilidad y toma de decisiones pueden *tornar la conducta adictiva en habitual e inflexible*, maximizando las dificultades para aprender de los errores y acometer decisiones más adaptativas (Pedrero Pérez, 2011: 63).

Cuando comienza el proceso adictivo, se inicia en el cerebro humano una neuroadaptación bioquímica y neuronal. Es muy probable, por tanto, que el cerebro adquiera una neuroadaptación funcional en la dinámica integradora de sus funciones cognitivas y ejecutivas o volitivas. Estas funciones tienen que ver con la capacidad de atención, concentración, integración, procesamiento de la información y ejecución de planes de acción consecuentes con dicha información.

Se han llevado a cabo estudios en pacientes con dependencia y depresión a largo plazo, encontrándose que existen dos formas básicas de dependencias y depresión: la exógena y la endógena y que las causas pueden incluir pluricausalmente factores: genéticos, químicos y psicosociales. En consecuencia, la terapia también debería ser pluricausal: cabe recordar que el proceso educativo es necesario pero no suficiente (Pérez Esparza, 2017).

Varios autores relacionan la escasa conciencia del déficit con disfunción del lóbulo frontal y sugieren un modelo teórico de funcionamiento cerebral en el que la función ejecutiva o



Educación para la libertad y la prevención de adicciones
William R. Daros

de control depende del lóbulo frontal, explorando y seleccionando actividades educativas de reorganización de la adaptación cerebral acorde a nuevos valores.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2000) *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2007) *En búsqueda de la política*. Bs. As.: FCE.
- Bauman, Z. (2008) *Múltiples culturas, una sola humanidad*. Buenos Aires: Katz Barpal.
- Bauman, Z. (2013) *Sobre la educación en el mundo líquido*. Bs. As.: Paidós.
- Bauman, Z. [Entrevista] 2014, “Durante treinta años hemos vivido en un mundo de ilusión”, disponible en <http://www.politicaysociedad.net/author/admin/>
- Benjamin, W. (1971) “No hay civilización que no sea también barbarie”. *Oeuvres*. Paris: Denoël, Vol. 1.
- Berger, P.L. y Luckmann, T.(1996). “Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. ¿Qué necesidades humanas básicas de orientación deben ser satisfechas?” En *Estudios Públicos*, 63: 5-6.
- Boeri, M. D. “Sócrates y Aristóteles en el examen estoico de la incontinencia” en: <http://dadun.unav.edu/bitstream/10171/2352/1/08.%20Marcelo%20D.%20Boeri%20c%20S%C3%B3crates%20y%20Arist%C3%B3teles%20en%20el%20examen%20estoico%20de%20la%20incontinencia.pdf>
- Bourdieu, P. (2013) *Las estrategias de la reproducción social*. Bs. As.: S. XXI.
- Daros, W. R. (1979) “El problema de la libertad en la teoría psicoanalítica freudiana. Observaciones rosminianas”, en *Rivista Rosminiana*, F. III, p. 249-272. Disponible en: www.williamdaros.wordpress.com
- Daros, W. R. (2013) “La invisibilidad de los deberes humanos universales” en *Enfoques*. XXV, nº 2, pp. 9-31.
- Escohotado, A. (2019). *Aprendiendo de las drogas usos y abusos, prejuicios y desafíos*. En: <https://drive.google.com/drive/folders/0B799SaqZmb4Sd3JNMXPdWZqLWM?fbclid=IwAR0pE3qRyt0gpnLVkNWBL5n1FcMMSwbXtt0cB1ToNGkRukGQK0QuAodCCWo>
- Freud, S. (1973) *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- González, P. (2001) “¿Es posible un tratamiento diferente de las adicciones?” en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, p. 1274ss. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=265019672002>

- Gutiérrez Raina, D; Hernández Meléndez, E. (2008) “Implicación de los valores éticos y morales en el enfrentamiento de las adicciones en jóvenes” en *Revista Cubana de Salud Pública*, vol. 34, núm. 4, diciembre, p. 7.
- laies, G. (1916) *Volver a enseñar. Padres y maestros ante un desafío urgente*. Buenos Aires: Paidós.
- Lipovetsky, G. (1994) *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (1999) *La Cultura-Mundo: Respuesta a una Sociedad Desorientada*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2008) *La sociedad de la decepción*. Barcelona: Anagrama.
- Pedrero Pérez, E. J. (2011) *Neurociencia y adicción*. Madrid: Sociedad Española de Toxicomanías.
- Pérez Esparza, R. (2017) “Tratamiento farmacológico de la depresión: actualidades y futuras direcciones” en *Rev. Fac. Med. (Méx.)* vol.60 no.5 Ciudad de México sep./oct.
- Seabright, P. (2010) *The Company of Strangers. A natural History of Economic Life*. Princeton: University Press.
- Sibilia, P. (2009) “En busca del aura perdida: espectacularizar la intimidad para ser alguien2, En *Psicoperspectivas. Individuo y sociedad*, Vol. VIII, nº 2 (julio-diciembre), 309-329.
- Todovov, T. (2008). *El miedo a los bárbaros. Más allá del choque de civilizaciones*. Barcelona: Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores.
- Todovov, T. (2008). *El miedo a los bárbaros. Más allá del choque de civilizaciones*. Barcelona: Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores.
- Vattimo, G. (2009). *Addio alla verità*. Roma: Meltemi.
- Verruno, C. (2009). *Prevención de adicciones*. Buenos Aires: Conicet.
- Zizek, S. (2012) “Viviendo en el final de los tiempos”.
<https://books.google.com.ar/books?isbn=8446036525>.